

Michel De Certeau: Historia y Ficción

Rodrigo CASTRO ORELLANA
Universidad Complutense de Madrid
(rodrigocastro@filos.ucm.es)

RESUMEN

El artículo expone y analiza la concepción de Michel De Certeau acerca de la práctica historiográfica, identificando una relación combinatoria entre tres elementos como la dimensión constitutiva del trabajo del historiador. Estos elementos serían: el *lugar social e institucional* del cual depende el discurso histórico, los *procedimientos* específicos de la investigación historiográfica y una *práctica singular de la escritura* en la que se pretende reconciliar racionalidad y ficción. En este último sentido, hacer historia implicaría una producción narrativa referida inagotable e interminablemente a *lo Otro* del pasado. A partir de estas claves, se esboza finalmente una problematización de la tarea historizadora de la filosofía como un tipo de escritura que se vincula con "lo ausente".

PALABRAS CLAVE: Historia; escritura; ficción; historia de la filosofía

ABSTRACT

The article describes and analyzes the design of Michel De Certeau on historiographical practice, identifying a combinatorial relationship between three elements as the constitutive dimension of the work of the historian. These elements are: *social and institutional place* upon which the historical speech is built, the specific *procedures* of historical research and a *unique practice of writing* which seeks to reconcile rationality and fiction. In the latter sense, to make history would imply both an endless and inexhaustible of that referred narrative production to *the Other* in the past. From these keys, finally it is outlined a problematization in the historicized task of philosophy as a kind of writing that is linked with "the absent".

KEY WORDS: History; writing; fiction; history of philosophy

Entre las diversas perspectivas críticas sobre las certidumbres de la ciencia histórica de los siglos XIX y XX, en cuanto a su pretensión de fundar una física social, existe una corriente de pensamiento articulada a partir de los años 70 en Francia, que reivindica la historia como narración. Se trata de una duda acerca de la historia que se materializa en una interrogación sobre su acto de escritura, sobre el nexo de éste con la ficción y, además, sobre la distinción entre ambas dimensiones.¹

Esta línea de pensamiento, representada especialmente por los trabajos de Paul Veyne y Michel de Certeau tiene importantes antecedentes en la empresa de renovación historiográfica emprendida por la *Escuela de los Annales* a partir de los años 30, como consecuencia del agotamiento del historicismo positivista². Dentro de un amplísimo y heterogéneo abanico de investigaciones históricas situadas en esta tradición, cabe destacar aquí la obra de Henri Marrou: *De la connaissance historique* (1954), donde la historia se

¹ François DOSSE. *La historia: conceptos y escrituras*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2004, 104

² Jacobo MUÑOZ. *Filosofía de la historia*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2010, 270.

concibe como el efecto de las aspiraciones del sujeto-historiador por descubrir al “otro”. Un anhelo que se correspondería con un compromiso del historiador en la reelaboración del pasado, a través de la incorporación de una serie de conceptos construidos por el espíritu³.

Sobre la base de estos logros de la epistemología histórica de los años 50, Paul Veyne inicia un nuevo programa de renovación con su obra de 1971: *Comment on écrit l'histoire*, en un horizonte particularmente refractario y escéptico en cuanto a los resultados de los métodos cuantitativos (cifras, curvas, modelos globales) y respecto a las ventajas de los sistemas explicativos marxistas dominantes en dicha época⁴. Para Veyne, la historia sería: “un relato verídico que narra acontecimientos cuyo actor es el hombre, de acuerdo a los procedimientos del género narrativo”⁵. La labor del investigador, entonces, se reduciría a un ejercicio comprensivo, con una especial vocación explicativa y documentada, alejada de la tarea de producción de conceptos y del método científico.

Michel De Certeau retoma y complejiza este modo de comprender la práctica historiográfica, como una práctica de escritura, desde su extraordinaria formación pluridisciplinar. Especialista en la historia del cristianismo, investigador del misticismo de los siglos XVI y XVII, psicoanalista lacaniano, estudioso de la condición epistémica de la historia, De Certeau era –como decía Ricoeur– un “outsider del interior”, siempre a distancia de las fronteras disciplinarias y, al mismo tiempo, ajeno a cualquier posición marginal⁶. Su perfil intelectual evidencia un permanente desplazamiento entre los saberes, impulsado por la voluntad de hacer un lugar a la alteridad y por la exigencia de dotar de transparencia el marco histórico que determina a cada disciplina. En este sentido, François Dosse afirma que la definición que De Certeau propone a cerca del místico sería adecuada para describir su propio recorrido intelectual: “es místico aquél o aquélla que no puede parar de caminar y quien, con la certeza de eso que falta, sabe que cada lugar y cada objeto *no es eso*, que no se puede residir aquí ni satisfacerse con aquello”⁷.

³ Guy BOURDÉ; Hervé MARTIN. *Las escuelas históricas*. Madrid: Akal, 2004, 235.

⁴ *Ib.*, 237.

⁵ *Ib.*, 238.

⁶ François DOSSE. “De Certeau: un historiador de la alteridad”, en: Perla Chinchilla (Coord.) *Michel De Certeau, un pensador de la diferencia*. México: Universidad Iberoamericana, 2009, 14. El propio Dosse fundamenta esta interpretación de la figura intelectual de Michel De Certeau a lo largo de la extensa biografía *Michel De Certeau: Le marcheur blessé* (Paris, Éditions La Découverte, 2002).

⁷ Michel DE CERTEAU. *La fábula mística (Siglos XVI-XVII)*. Madrid: Siruela, 2006, 294.

La particular obsesión de Certeau por la búsqueda de lo ausente atraviesa los lugares de elección y composición de su pensamiento, desde su tesis doctoral -dedicada al diario espiritual escrito por Pierre Favre en el Siglo XVI- hasta la investigación de 1980 titulada: *L'invention du quotidien*, en donde saca a la luz las prácticas o procedimientos del hombre ordinario (los modos de pensar y actuar) que operarían como contrapartida de los mecanismos disciplinarios analizados por Foucault. La heterogeneidad del itinerario certeuniano contiene estos episodios, así como varios otros: una permanente reflexión sobre la tradición cristiana, la cultura instituida, los pactos de creencia en el campo político y social, y de manera particular: una penetración exhaustiva en la obra de Sigmund Freud.

Sin embargo, existe un hilo conductor en esta multiplicidad de intereses que guarda relación con una específica problematización de la historia. En efecto, el telón de fondo de las elecciones temáticas y de los objetos de análisis delimitados, sería una aspiración e intención común: el cuestionamiento epistemológico respecto al modo en que opera el sujeto-historiador. Este aspecto central del pensamiento de Certeau se aborda de un modo específico en su obra fundamental: *L'écriture de l'histoire* publicada en 1975.

En dicho trabajo, explora la operación historiográfica desde el punto de vista de lo que produce o fabrica el historiador cuando “hace historia”⁸. De este modo, De Certeau –de alguna manera- suspende su propio quehacer de historiador, sumergido en los archivos y los documentos, para reflexionar sobre el singular oficio que involucra una actividad que se aproxima desde ciertas técnicas a aquello que permanece muerto. Esta problematización de la operación histórica conduce a un estudio de la misma como la relación combinatoria entre un *lugar social*, unas *prácticas o unos procedimientos científicos* y una *escritura*. Es decir, la escritura de la historia se articularía en función de una institución o medio y, por otra parte, respondería a unas reglas o a una disciplina particular⁹. A continuación me referiré a cada uno de estos aspectos identificados por la epistemología certeuniana, con un objetivo que expongo de antemano: registrar elementos de dicho enfoque crítico que podrían tener rendimientos relevantes en el contexto de la operación historiográfica que realizaría la historia de la filosofía.

⁸ Michel DE CERTEAU. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1999, 67.

⁹ *Ib.*, 68.

1. La marca indeleble del lugar

La crítica al positivismo histórico durante el siglo XX, puso sobre el tapete que toda interpretación histórica depende de un sistema de referencia, esto es: de un conjunto de decisiones filosóficas que recortan el uso de los materiales y sancionan los códigos de explicación¹⁰. Esta crítica remitía a la subjetividad del autor y tenía como consecuencia: aislar dentro de un texto el supuesto elemento autónomo de la ideología. De esta forma, en opinión de Certeau, la relatividad quedaba delimitada al campo cerrado de las ideas, preservando la posición privilegiada del intelectual e invisibilizando la dimensión social, política o profesional de la fabricación histórica. Se trataba, en otras palabras, de un relativismo crítico que en último término dejaba en el silencio u ocultaba una “institución del saber” mediante la exageración de la relación de un sujeto individual con su objeto¹¹.

La obra de la historia tendría que comprenderse, por el contrario, como el resultado de un lugar institucional que la sobredetermina en función de su conexión de fondo con el cuerpo social, en el cual se inscribe lo “no dicho” del decir del historiador. Por ende, la producción historiográfica se vincularía con un *lugar de producción social* que introduce determinaciones, presiones o privilegios decisivos para la organización de los métodos, los intereses y los modos de interrogar a los documentos. Intentar desconocer esta inscripción material de la historia supondría situarse en lo abstracto, promover la distorsión e imposibilitar una práctica efectivamente científica.

Así pues, correspondería analizar el discurso histórico en términos de su dependencia de una *institución social*, que habitualmente se encuentra silenciada en el específico despliegue de la disciplina. De hecho, el mismo texto histórico arrastra este nexo con la institución cuando utiliza, por ejemplo, la figura del “nosotros” como autor para sostenerse en un campo que excluye la historia como producto de un individuo o de un sujeto global y general. Dicho campo remitiría a la realidad efectiva de una comunidad acreditada para la enunciación historiográfica y representaría, además, el elemento que define los lectores del texto. En efecto, la gente común no sería el verdadero destinatario del texto histórico, sino el sistema acreditado de los pares que en su recepción de la

¹⁰ *Ib.*, 69.

¹¹ *Ib.*, 71.

investigación la sanciona y reconoce como estudio histórico o la arroja con desinterés a la vulgarización del gran público.

El “yo” del escritor, entonces, debe lograr inscribirse dentro de un “nosotros-institucional” y para ello, la obra tiene que aspirar a obtener un valor que eventualmente otorgaría el reconocimiento de los pares. Esto significa que el producto histórico obedece a un complejo sistema de fabricación específica y colectiva que arrastra consigo exigencias, presiones y criterios que pueden calificarse como las leyes de un medio. Ahora bien, el que un contexto social modele los modos de trabajo y las formas del discurso no debe entenderse como algo positivo o negativo, puesto que se trataría estrictamente de un hecho imposible de soslayar: “ la práctica histórica depende siempre de la estructura de la sociedad”¹².

El lugar y su marca se imponen haciendo posibles ciertas investigaciones e imposibles otras, de una forma tan relevante que podría caracterizarse a la historia como una relación del lenguaje con los límites que establece el cuerpo social. Dentro de semejante sistema de permisos y prohibiciones, concluye De Certeau, correspondería desarrollar un trabajo tendente a modificar esta economía de posibles e imposibles en razón de nuevas modalidades de combinación.

El decir de la historia no es una palabra imaginaria ni un discurso carente de pertenencia social. Su acto de nombrar el pasado y construir una identidad cultural se lleva a cabo desde la decisión de un “nosotros” que lo hace posible. En tal sentido, las diversas y sucesivas articulaciones del discurso histórico informarían más de la efectividad de las cosas que suceden en el presente y no tanto de un supuesto pasado que espera ser descifrado. La historiografía no sería lo que llega a “nosotros” desde el pasado, sino aquello que precisamente comienza con “nosotros”¹³. Sin embargo, esta afirmación de la función decisiva del lugar en el orden de la operación historiográfica, no indica aun nada respecto de la singularidad de lo que esta actividad fabrica o exactamente hace al momento de hablar de la sociedad y de la muerte.

2. Una práctica de la diferencia

¹² *Ib.*, 78.

¹³ Michel DE CERTEAU. *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana, 2007, 113.

La historia estaría siempre mediatizada por la técnica, es decir, por una forma de proceder en la investigación que se desplaza a través del límite inestable entre lo dado y lo creado, la naturaleza y la cultura, el documento y la construcción¹⁴. Desde esta perspectiva, Michel De Certeau observa que el material de análisis del historiador no es el tiempo, sino ciertos objetos físicos (papeles, piedras, imágenes, sonidos, etcétera) que son aislados y manipulados en función de determinadas reglas. Aquí podría identificarse una verdadera serie de fabricación cultural que iría desde las materias primas a su registro estandarizado como materias secundarias en los sistemas clasificatorios de los archivos y, de estos últimos, a su reelaboración como historia.

Este tercer momento decisivo –que presupone la existencia de producciones sociales y culturales- se iniciaría con el gesto de identificación y constitución del documento a partir del uso de objetos originalmente organizados de otro modo. El historiador, entonces, parece depender tanto de la archivística de su época como del grado de tecnicidad de los medios puestos para su investigación¹⁵. Si el archivo ofrece un régimen de funcionamiento del objeto, la práctica del historiador consistiría en generar una redistribución del mismo a través de una acción que instituye el documento, es decir, que transforma el campo objetivo. Se trataría de una *perspectiva constructivista* que De Certeau hereda –sin lugar a dudas- de la formulación que la *Escuela de Los Annales* hizo del documento, como producto o resultado de la actividad del historiador sobre una materia inicial, y no como un dato inerte¹⁶.

Cabe agregar que esta definición de la investigación historiográfica como un *constructivismo del documento* involucra una inversión de los procesos de diseño de la historia desarrollados en el pasado. Si antes se acumulaban datos inscribiéndolos en una estructura comprensiva unitaria que borraba toda diversidad y que exigía un desarrollo cuantitativo de la información, ahora en cambio se trataría de un estudio que define *a priori* objetos, niveles y taxonomías de análisis dirigiéndose hacia el ámbito de las desviaciones o a los indicios de límites¹⁷. De esta forma, el historiador ya no pretende construir una estructura totalizante, ni tampoco desea conquistar “objetos auténticos” para el conocimiento, sino

¹⁴ Michel DE CERTEAU. *La escritura de la historia*. *Op. Cit.*, 82.

¹⁵ François DOSSE. “De Certeau: un historiador de la alteridad”. *Op. Cit.*, 20.

¹⁶ Jacobo MUÑOZ. *Filosofía de la historia*. *Op. Cit.*, 276.

¹⁷ Michel DE CERTEAU. *La escritura de la historia*. *Op. Cit.*, 92.

que se sitúa en los márgenes o en las zonas silenciadas por las ambiciosas representaciones globales del origen de la sociedad.

Como puede observarse, aquí se presentan dos direcciones opuestas del conocimiento histórico. Por una parte, la historia como restauración de *lo Mismo*, en función de la superación de las discontinuidades, las cuales serían subsumidas como figuras sucesivas de una evolución y, por otro lado, la historia como reflexión que se aproxima a las desviaciones o al cultivo metódico de la distancia. Esta segunda perspectiva implica que lo particular –en tanto que límite de lo pensable– se ha convertido en la especialidad de la historia¹⁸. Cualquier relato explicativo, entonces, no podría renunciar a la relación que toda “regularidad” sostiene con una particularidad que se le escapa, con aquello que permanece inexplicado.

Esto último significa para De Certeau, que la operación historiográfica promueve una escenificación de *lo Otro* en el presente o, lo que es igual, concibe el pasado como el medio de representar una diferencia. Habría algo “oculto” en ese pasado, una cierta estructuración que se opone al trabajo histórico, algo ya muerto e inaccesible¹⁹. La estructura del pasado dice que “hubo algo más” a la manera de una resistencia o una ausencia que se convierte en condición de posibilidad del discurso histórico. No obstante, también existe algo “oculto” en la propia mirada del investigador, un tipo de estructuración que subyace en sus intenciones presentes. Habría un deseo de disminuir o anular la diferencia en la paradójica acción de nombrarla o narrarla y, al mismo tiempo, “insertarla en el texto homogéneo de una cultura presente”²⁰. La estructura de la mirada indica, por tanto, que la ley de la representación de la alteridad consiste en remitirla a lo que configura nuestro presente.

En estas dos formas de lo “oculto, es decir: en la diferencia que remite a la ausencia de lo muerto y en la diferencia que pone de manifiesto la actualidad insuperable del historiógrafo, se desenvolvería el movimiento ambivalente de “hacer historia”. Una práctica que encuentra la diferencia en la resistencia contumaz del documento construido a decir lo muerto y en su negativa a confesar su dependencia del lugar del presente. La operación historiográfica, entonces, no puede ser sino un tejido de Penélope, un texto que jamás debería cerrarse.

¹⁸ *Ib.*, 99.

¹⁹ Michel DE CERTEAU. *Historia y psicoanálisis. Op. Cit.*, 103-104.

²⁰ *Ib.*, 105.

3. Escritura y alteridad

De este modo, arribamos a un tercer aspecto de la fabricación histórica: La *construcción de una escritura* que –como ya hemos visto– se apoya en un *lugar social* (una institución de saber) y se encuentra ligada a una *práctica investigadora*. En este marco, resulta valioso destacar los desfases implícitos en el tránsito de lo indefinido de la investigación, a la ley del texto escrito. Así, por ejemplo, la escritura presentaría como comienzo aquello que en la investigación aparece como una meta o algo siempre ausente. De ello es una prueba el relato cronológico de la escritura que, evidentemente, invisibiliza tanto el fin como el punto de partida de la investigación (el aparato institucional)²¹. En el mismo sentido, mientras la investigación parece interminable, al texto –por el contrario– se le asigna el deber de tener una conclusión, el imperativo de acabar. Dicha exigencia, por lo demás, solamente podrá ser cumplida en una construcción que subsane los vacíos y las carencias que socavan la investigación, recurriendo a figuras, relatos, y nombres propios que pretenden sortear el límite y la diferencia que enfrenta la práctica.

Esto supone, en opinión de Certeau, que la escritura constituye una suerte de juego secreto del lenguaje que transgrede el código de las prácticas y crea una ilusión del pasado. Sin embargo, la escritura historiadora no deja de ser en sí misma algo ambivalente, desdoblada en su referencia al presente y en la ficción que representa el pasado. En ella se nos expone un “tiempo de las cosas” como el contrapunto y la condición de un “tiempo discursivo”²², lo cual involucra la intención de unir el presente (como término de un recorrido) con la trayectoria cronológica. De tal modo que el presente pasa de ser el lugar de producción del texto, a transformarse en un producto de la historiografía. Este tiempo cronológico demandaría una referencia al inicio como elemento necesario para una orientación, aquello que permite al presente situarse en el tiempo y simbolizarse. Un “comienzo” que finalmente no es nada y que sólo opera como un límite, un *no – lugar* decisivo para la escenificación historiográfica.

La nada del “comienzo” sería el rostro del pasado, una relación necesaria con *lo Otro* (con un “cero mítico”) para que el relato logre “descender” hasta el presente. En tal

²¹ Michel DE CERTEAU. *La escritura de la historia. Op. Cit.*, 101 ss.

²² *Ib.*, 104.

sentido, la escritura de la historia transparenta la carencia o lo ausente y, al mismo tiempo, lo oculta. Esto explica, entre otras cosas, la sustitución de la verificabilidad de los enunciados por la verosimilitud, es decir, la búsqueda de acreditación del discurso en un ámbito de confiabilidad externo. El uso de citas, notas y diversas remisiones implicaría, en este contexto, un “saber del Otro” o una exterioridad semántica que otorgan una credibilidad al discurso por medio de la producción de la “ilusión realista”. Así, la escritura disimula el “yo del autor” a través del uso de este lenguaje referencial que informa a cerca de lo supuestamente real, en la misma medida que hace entrar en juego la alteridad radical del pasado en tanto que ausente.

Desde este prisma, la escritura evidencia una función ritual y simbólica que consistiría en “exorcizar a la muerte al introducirla en el discurso”²³ y en hacer posible que una sociedad se defina a sí misma en tanto en cuanto se dota en el lenguaje de un pasado. Según De Certeau: “marcar un pasado es darle su lugar al muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles, determinar negativamente lo que queda por hacer, y por consiguiente, utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos”²⁴. La escritura de la historia representa, entonces, un rito de sepultura donde el texto cumple la doble función de honrar y eliminar al muerto. Por una parte, el lenguaje “dice lo que ya no se hace” orientando el pasado hacia un lugar simbólico y, por otro lado, crea en el presente un lugar que debe llenarse con un hacer. El rito pretende posibilitar la articulación de lo que aparece con lo que desaparece, se sirve de la muerte para enunciar una ley del presente.

En suma, la historiografía intenta comprender el pasado mediante un procedimiento que niega la pérdida, otorgando al presente la potestad de recapitular el pasado en un saber. Con la muerte y contra la muerte, el trabajo del historiador se desliza en un espacio de ausencia y de producción, entre la ley del presente y la ilusión realista, oscilando entre un narrar historias y un hacer historia. Esta ambivalencia evidencia *al Otro* como el fantasma de la historiografía: la relación con una ausencia que se busca, se honra y finalmente se entierra. Se trata, en definitiva, de constatar que en el espesor del pasado reside el enigma insoslayable de un acceso a lo real. Para De Certeau, lo real está en la posición de lo ausente, “en todas partes supuesto y en todas partes faltante”²⁵.

²³ *Ib.*, 116.

²⁴ *Ib.*, 116-117.

²⁵ François DOSSE. “De Certeau: un historiador de la alteridad”. *Op. Cit.*, 22.

Ahora bien, afirmar que la historia es una heterología no implica que *lo Otro* sea una condición de posibilidad externa a su discurso, sino lo contrario: un elemento que el discurso histórico transforma en significantes y que reduce a algo inteligible suprimiéndolo. La historiografía “se apoya en este *Otro* y puede colocarlo siempre antes, remontarlo siempre más atrás o designarlo como aquello que autoriza la representación de lo real sin jamás serle idéntico”²⁶. Así, el discurso se ve conducido a explicar lo ajeno o extraño, restaurando similitudes allí donde imperaba lo disímil. Sin embargo, esto no lo puede hacer sin aproximarse a la zona inestable en que se juega la relación de sus contemporáneos con el límite o la muerte, es decir: sin narrar el umbral en que los contornos de una sociedad se borran en nombre de lo ausente. Por este motivo, opina De Certeau, el texto historiográfico combina “la racionalidad de la explicación y la narración literaria que habla del *Otro* al negarlo”²⁷.

Ciertamente, la historia reclama para sí el rostro de la razón, de una razón a la cual pueda plegarse todo historiador, en su deseo de acumular garantías de verosimilitud para un discurso que llene el espacio vacío dejado por los muertos y que satisfaga la necesidad de los vivos de saber que dicho vacío se ha llenado. Pero también ese universo lleno, esa estructura de lo pensable como historia, contiene necesariamente la fisura de la diferencia. La escritura historiográfica siempre dibuja ausencias en el presente, ilumina puntos de fuga para el pensamiento o las prácticas que se despliegan en una actualidad. Desde esta perspectiva, su rostro no equivale solamente a la explicación racional, sino que adquiere el perfil del sueño. La narración histórica, entonces, intentando disolver la alteridad la hace resurgir en la forma de la ficción.

El historiador se asemejaría al célebre personaje de Robinson Crusoe, quien intenta imponer una razón clasificadora y técnica al desorden de la isla en la que ha naufragado²⁸. En efecto, asimila la alteridad salvaje en productos y objetos fabricados de acuerdo a un método y a unas reglas que tienen su raíz en su lugar de procedencia. Crusoe se relaciona con *lo Otro* a través de una técnica que obedece a las leyes de un presente inscrito en la isla como su propio recuerdo personal de un mundo lejano y como los restos que recupera de la embarcación hundida. Pero el imperio insular creado por el personaje tiene necesariamente un límite, una frontera que irrumpe en la playa, al borde de un océano

²⁶ Michel DE CERTEAU. *La escritura de la historia*. *Op. Cit.*, 28-29.

²⁷ Michel DE CERTEAU. *Historia y psicoanálisis*. *Op. Cit.*, 119.

²⁸ *Ib.*, 120-121.

abismal. Allí, Robinson Crusoe descubre un día un vestigio humano, un pie desnudo perfectamente impreso en la arena. Desde dicho momento emerge en la novela el desorden, las fantasías, los sueños y las pesadillas de una posible antropofagia. La huella, por ende, socava la técnica y promueve la ficción, es decir, condiciona una relación diferente con *lo Otro*.

Del mismo modo, la operación historiográfica intentaría reconciliar la racionalidad y la ficción, la técnica y el sueño, las prácticas de producción y la narración novelesca, de una forma oscilante e inestable. Frente al mar de donde viene el hombre enigmático que dejó la huella, la producción técnica puede dar un paso y convertir al forastero en esclavo: ese hombre al que Crusoe llamará “mi Viernes”. Desde este punto de vista, se restaura el orden de las cosas en una nueva escena de la servidumbre. Pero también, a diferencia de Robinson, la historia puede transformarse en experiencia erótica y hacer reflexivo que “el Otro” no volverá. En este segundo caso, la escritura escenifica el “vestigio” de un pie desnudo en la arena, un forastero que no volverá a salir del mar porque “ya ha pasado”.

4. *El retorno de la ficción*

El intento de reconciliar la racionalidad con la ficción puede explicarse tomando en consideración un antiguo proceso de divorcio entre la historia y la literatura. Se trataría de una separación de ámbitos que, según De Certeau, se habría producido en el siglo XVII, estaría presente como la división entre las letras y las ciencias durante el siglo XVIII y se institucionalizaría finalmente dentro de la organización universitaria hacia el siglo XIX. Toda esta diferenciación entre historia y literatura estaría determinada por la lógica excluyente de un saber positivo que controla rigurosamente el espacio epistémico, reduciendo “lo imaginario” al estado de resto o alteridad de una ciencia objetiva.

Sin embargo, De Certeau afirma que esta distinción esquemática encontraría su momento sustantivo de revisión crítica dentro del psicoanálisis freudiano. En un análisis que recuerda algunos pasajes de *Las Palabras y las Cosas*, donde Foucault identifica al psicoanálisis como una “contra-ciencia”²⁹, Michel De Certeau establece que en la obra de Freud se produciría una verdadera redistribución del espacio epistemológico que conduce a una reconsideración de la escritura y de sus relaciones con la institución. Desde sus

²⁹ Michel FOUCAULT. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo Veintiuno, 1995, 362 ss.

primeros trabajos sobre la histeria, Freud comprendería que su modo de tratar la enfermedad exigía una modificación en su forma de escribir. En *Estudios sobre la histeria* (1895) señala: “el diagnóstico local y las reacciones eléctricas no tienen ningún valor para el estudio de la histeria, mientras que una presentación profunda de los procesos psíquicos a la manera que nos son presentados por los poetas me permite, por el empleo de algunas raras fórmulas psicológicas, alcanzar una cierta inteligencia en el desarrollo de una histeria”³⁰. Esta irrupción de una “ficción teórica” será un aspecto transversal de la investigación freudiana, como lo demuestra el hecho de que su última obra: “Moisés” (1939) sea definida por él mismo como una “novela”³¹.

El discurso de Freud sería la ficción que retorna en la seriedad científica, no exclusivamente como objeto de análisis, sino como su forma. De esta manera, el relato freudiano combina en el texto las estructuras patológicas con una “historia del sufrimiento” que se retrotrae al drama familiar o al mito cultural; una matriz que se reproduce en la interlocución terapéutica a través del cruce entre la narración fragmentaria del paciente y la restauración narrativa del médico. El uso literario, por tanto, no se opondría aquí a la interpretación histórica.

Freud desarrollaría un análisis histórico porque comprende sus materiales como efectos de sistemas sociales y porque persigue una explicación de las operaciones temporales que pudieron dar lugar a tales efectos. Así, por ejemplo, tales postulados de producción y localización están patentes en la escena teatral del aparato psíquico (*Yo, Ello, Super Yo*): una serie de figuras que remiten a un funcionamiento psíquico, retórico y real. Es decir: el aparato desarrolla una infinidad de formas literarias (metáfora, metonimia, sinécdoque, etcétera), y –al mismo tiempo– refiere una génesis histórica olvidada dentro del orden cultural. En este sentido, el psicoanálisis consume el retorno de una alteridad que se encontraba exiliada del campo científico. Allí donde se apostaba por la “madurez”, Freud rememora una “minoría de edad” fundante; cuando se buscaba el progreso, él instala la presencia fantasmal del acontecimiento originario.

Se puede concluir, entonces, que la ficción hace reaparecer la historicidad. En primer lugar, en la técnica terapéutica que define la cura como el recuerdo de las vivencias afectivas que se ocultan detrás de las representaciones y, en segundo término, en el

³⁰ Michel DE CERTEAU. *Historia y psicoanálisis. Op. Cit.*, 43.

³¹ Sigmund FREUD. *Moisés y la religión monoteísta*. Madrid: Alianza, 2006.

discurso del analista que incorpora un lenguaje “olvidado” por la racionalidad científica y reprimido por la normatividad social, un sistema interpretativo que regresa al sueño, la leyenda o el mito³². Este despliegue de la historicidad posee, además, una ambivalencia que De Certeau registra como la compleja combinación entre la “ficción bíblica” de una escritura que nace de la separación o el exilio, y una “ficción grecorromana” que apunta al orden pensable, a la violencia original y devoradora de Cronos. En Freud la escritura de la historia se deslizaría entre la pérdida del lugar y la acción devoradora de la vida, es decir: entre el análisis como relación con lo excluido y el análisis como autoridad e institución.

Así pues, la obra freudiana –de acuerdo al análisis de Michel De Certeau– pondría de manifiesto un aspecto importante de toda operación historiográfica: que la diferenciación entre un pasado y un presente, deriva en el regreso subrepticio de lo pretérito. En efecto, el corte decisivo y necesario con respecto a un objeto pasado conduciría a la inestabilidad del saber histórico, cuando dicho límite deja de ser el dato establecido artificialmente y se convierte en una operación que identifica inagotablemente determinismos y dependencias. La separación respecto a *lo Otro* que sería el pasado, se transforma en la apertura de una indeterminabilidad que supone el continuo retorno problematizador de lo que “ya fue”. De esta manera, el psicoanálisis enseña la inquietante extrañeza de la historia, su fuente infinita de “objetos perdidos”.

Esto implica que el historiador no reúne hechos, sino significantes³³. Su operación consiste en enunciar sentidos, que se ocultan bajo la ilusión de un “realismo” o del recurso insistente al “así pasó”. Desde tal perspectiva, la historia es un relato que entrecruza dos lógicas, ajeno a cualquier reduccionismo unilateral. El relato de lo que puede leerse en un pasado y el relato de aquello que es su propio trabajo, la narración de lo que pasó y la elucidación de sus reglas de trabajo o, para decirlo de otro modo: la fascinación por interpretar *lo Otro* y la comprensión de la especificidad de cada proceso interpretativo. En este doble juego del relato, el historiógrafo mismo –al igual que el psicoanalista– no puede borrar su propia relación con el tiempo como el lugar en que se inscriben sus formas de pertenencia a un presente y como el espacio de un desposeimiento, esto es: como la superficie en que sobrevive lo extraño.

³² Michel DE CERTEAU. *Historia y psicoanálisis. Op. Cit.*, 53.

³³ Michel DE CERTEAU. *La escritura de la historia. Op. Cit.*, 58.

La ficción, por ende, ya no funciona en la historia como el residuo eliminable que transgrede un imperativo de cientificidad, ni tampoco constituye el repertorio de las fábulas o las falsedades que un sistema refutatorio persigue para construir una verdad más acreditada. La ficción constituiría un elemento de un discurso historiográfico que está legitimado como científico, es decir, representaría la “opacidad” que define a la historiografía como una ciencia que no tiene los medios para serlo³⁴. Porque la historia despliega, en último término, una práctica acerca de aquello que más se resiste a la cientificidad (la relación social con el acontecimiento, con la violencia, con el pasado, con la muerte) y que, por ende, cualquier disciplina científica intentaría eliminar para constituirse. En esa compleja e inestable situación, el historiador pretende sostener una palabra en el tiempo.

En resumen, pueden identificarse cuatro puntos clave en la descripción ceriteuniana de la operación historiográfica:

1.- La relación de dependencia en la cual ésta se encontraría respecto a una *institución social*, entendida como la comunidad acreditada para la enunciación histórica.

2.- El procedimiento técnico que la caracteriza como un *constructivismo del documento*. En este contexto, el documento manifiesta simultáneamente un sentido en tanto se lo interroga y una ausencia o límite en referencia al pasado.

3.- La historia sería un texto escrito que intenta, a través del relato narrativo, comprender el pasado negando la ausencia. Es decir, pretende reconciliar racionalidad y ficción.

4.- Precisamente por esto último, porque uno de sus elementos configuradores es la ficción, sería un saber ambivalente e inestable. Esto significa que el relato reúne significantes y no hechos, dentro de una referencia inagotable e interminable a *lo Otro* del pasado.

³⁴ Michel DE CERTEAU. *Historia y psicoanálisis. Op. Cit.*, 21.

Ahora bien, la consideración general de estos cuatro puntos, exige aclarar que la apuesta de Certeau por el relato y la ficción no supone una indiferencia respecto a los asuntos de índole factual o veritativa, una suerte de neutralización de la ciencia histórica en nombre de lo meramente lingüístico o narrativo. Habría un intento, por el contrario, de reorientar la relación entre la singularidad inasible del evento (polo de la ficción) y la estructura que lo dota de significado (polo científico).

Desde esta perspectiva, De Certeau operaría de un modo similar a como lo hace Ricoeur, alejándose en igual medida de la posición que niega todo lazo entre historia y relato, cuanto de la postura contraria que pretende una reducción de toda historia a relato³⁵. Esto es lo que convierte a la epistemología de Certeau en un marco complejo y original: su énfasis en la ficción sin renunciar a la exploración de regularidades y leyes explicativas en la historia. En tal sentido, el historiador se diferenciaría del creador literario en que sus configuraciones narrativas pretenden una reconstrucción verdadera de los acontecimientos sucedidos, mediada por una relación normativa con los documentos³⁶. Ficción y ciencia se entrelazan en el discurso histórico porque las técnicas y los procedimientos reglados de la investigación se combinan finalmente con la imaginación creadora.

5. Operación historiográfica e historia de la filosofía

El problema de cómo hacer historia no es privativo de una disciplina particular como la “ciencia histórica”. Ciertamente, la filosofía también desarrolla su actividad en una referencia constante al pasado, es decir, “hace historia” cuando cada concepto o argumento parece que necesariamente debe ser conducido al tribunal de los textos históricos. El pensamiento se justifica o fundamenta en una apelación sistemática a la memoria. Quizás por este motivo, dada esta relación esencial entre filosofía e historia, ha prosperado el supuesto de que existe una “especificidad de la historia de la filosofía como forma singular”³⁷, la idea de una autonomía de ésta con respecto a cualquier otra historia.

³⁵ Diego SÁNCHEZ MECA. *La historia de la filosofía como hermenéutica*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1996, 174.

³⁶ *Ib.*, 186.

³⁷ *Ib.*, 119.

Sin embargo, la tarea historizadora de la filosofía no tendría por qué ser radicalmente distinta de los “modos de hacer historia” que operan en otros ámbitos históricos. Al igual que el historiador en general, quien despliega la acción historiográfica en el seno de la filosofía, buscaría establecer una relación del pasado con el presente, iluminar la pregunta o el problema contemporáneo a partir de un estudio de sus huellas o rastros en un tiempo pretérito. Por tal razón, considero legítimo problematizar esta práctica histórica de la filosofía desde el enfoque crítico de la operación historiográfica que presenta Michel De Certeau.

Dicho enfoque, como ya he apuntado, implica un cuestionamiento frontal a un modelo epistemológico que precisamente ha tenido un importante arraigo en la conceptualización de la historia de la filosofía: el positivismo histórico. Como es sabido, dentro de este modelo se establece que el ámbito de investigación lo constituyen los textos filosóficos, en función del objetivo de esclarecer la doctrina tal y como supuestamente se pensó³⁸. Esto conduciría a identificar, entre los textos que integran la producción total de un filósofo, aquellos que de una forma más ordenada, más completa y más demostrativa reproducirían el sentido último de su doctrina. Hacer historia de la filosofía implicaría, entonces, este trabajo de pesquisa entre las palabras y los conceptos, para reconstruir la inteligencia del filósofo en su singularidad irrepetible y lograr arribar a aquello que éste real y verdaderamente ha pensado.

Se trata de una manera de comprender y hacer la historia de la filosofía de indudables repercusiones en el devenir institucional de la disciplina, que la limita exclusivamente al espacio autorreferencial y museológico de la descripción de datos y del ejercicio monográfico. Contra esta lógica, las aportaciones de la tradición crítica de la historiografía y particularmente de la epistemología certeuniana, abren un horizonte de reflexión y problematización acerca de la posibilidad de una forma alternativa de escribir la historia de la filosofía. No pretendo en este punto proponer o reivindicar un modelo de “hacer historia” para la actividad filosófica, sino sencillamente plantear ciertos temas que podrían ser importantes para el debate.

En primer lugar, el tema de la dependencia de la producción historiográfica respecto a un *lugar de producción social*. Aquí correspondería definir la historia de la filosofía como

³⁸ Cfr.: Victor DELBOS. “Les conceptions de l’histoire de la philosophie”, *Revue de Métaphysique et Morale*, 1917 (24), 279 ss.

una historia contextualizada, es decir, como un proceso intelectual abierto y en conexión con diversas formas culturales de su entorno³⁹. Cualquier intento de especificar su propio estatuto epistemológico, no podría realizarse sin establecer la relación esencial de la filosofía con otros componentes culturales de su contexto y sin constatar su inserción en los procesos de la historia real. Esto significaría, además, que al igual que la historia, la filosofía respondería a un complejo sistema de fabricación institucional que ella misma debería hacer reflexivo. Dicha tarea supondría enfocar críticamente las reglas que sancionan la función del presente sobre el modo de escribir la historia que desarrolla la filosofía.

Por otro lado, en la operación historiográfica de la filosofía, podría registrarse la existencia de un *constructivismo del documento*. Esto quiere decir que las doctrinas filosóficas no serían puros textos históricos que responden a un autor, sino que nos remitirían a una objetividad que los desborda⁴⁰. Así, por ejemplo, las ideas poseen su singular devenir, separadas del autor que las produce, llegando a alcanzar sentidos o implicaciones que jamás habrían sido siquiera imaginadas por el filósofo que las enunció originalmente. La historia de la filosofía, por ende, no puede ser la historia de los filósofos dissociada del discurrir de un tiempo social y epocal.

Sin embargo, la identificación esquemática del texto filosófico con el autor y con una supuesta verdad subyacente, no se desborda solamente por el lado del devenir mismo del documento, sino también en relación con la función que cumple en todo ello el propio historiador-filósofo. El documento histórico-filosófico no habla por sí mismo, más bien su sentido aflora como consecuencia de la pregunta que se le formula. Contra el fetichismo del documento cabría oponer, entonces, el criterio de que los textos filosóficos hablan en tanto se sabe interrogarlos o en cuanto se tiene la capacidad de articular la pregunta adecuada para orientar la interpretación.

Así pues, una vez más resultan decisivas las estructuras del presente en la aproximación al pasado. Esta vez poniendo en evidencia el carácter perspectivista del texto, como un sistema plural de significaciones que el modo histórico de problematización pone siempre en juego. Sería la *proliferación de un régimen de diferentes*

³⁹ Diego SÁNCHEZ MECA. *La historia de la filosofía como hermenéutica*. Op. Cit., 103.

⁴⁰ *Ib.*, 113.

sentidos que intenta una y otra vez nombrar la diferencia irrebasable de un documento que, considerado aislada e independientemente, sólo representa “lo ausente”.

En tal sentido, de una manera similar a lo que acontece en toda operación historiográfica, la historia de la filosofía es un tipo de escritura que se vincula con “*lo ausente*”. Esta dimensión emerge en el hecho de que toda obra filosófica está siempre inacabada, es decir, abierta a las diferentes lecturas que formula el intérprete, pero que ella misma también de cierto modo ofrece⁴¹. La obra escrita, que intenta cerrar cualquier espacio a “*lo ausente*” (esto es: lo que refuta, desmiente, contradice, etcétera), siempre resulta derrotada por lugares de indeterminación que la atraviesan y que son la condición de posibilidad de los infinitos viajes y aventuras de los intérpretes. Esta constelación infinita de las interpretaciones mantendrá, por una parte, una deuda con el presente, es decir, con el lugar en que se diseñan las reglas que validan y recortan las conjeturas posibles acerca de una obra; pero, por otro lado, siempre va a preservar un resto, una alteridad que determinará el continuo retorno problematizador de lo que “ya fue”.

En suma, en la historia de la filosofía, como en la historia en general, hay una fuente inagotable de “objetos perdidos”. Por esa razón, la historia de la filosofía es una historia de interpretaciones y reinterpretaciones de las obras filosóficas que llega hasta nosotros como una enorme narración inscrita en la memoria. No obstante, como enseña Michel De Certeau, nada puede hacernos creer en una reconstitución puesto que “se ha perdido algo que no volverá”⁴². Frente a ello, no cabe la nostalgia ni la neutralización de las pretensiones de la historiografía filosófica, sino únicamente constatar su indisoluble vínculo con la actualidad.

⁴¹ *Ib.*, 297. Sobre este punto, véase la obra de Roman INGARDEN: *Das literarische Kunstwerk* (Tübingen: Niemeyer, 1961)

⁴² Michel DE CERTEAU. *La fábula mística (Siglos XVI-XVII)*. *Op. Cit.*, 20.